

El aumento de Cristo en mi vida

De la justicia propia a una vida rendida por amor

Textos base: Gálatas 2:20 · 2 Pedro 1:3

Introducción: el mundo no nació conmigo

Hay una manera de pensar que desprecia la historia: en vez de conocer lo que nos precede, quiere reescribir todo desde sí misma. Podemos llamarlo el síndrome de Adán y Eva: vivir como si el mundo hubiera nacido conmigo.

También podemos acercarnos así a Dios, haciendo de nuestra experiencia la medida de todo. Pero necesitamos conocer la obra que Él hizo en Cristo y encontrar nuestra vida dentro de Su propósito.

2 Corintios 2:14

Dios nos lleva en el triunfo de Cristo y manifiesta por medio de nosotros el conocimiento de Él. Nuestra vida está llamada a darlo a conocer.

La pregunta es: ¿cuánto de Cristo se está expresando en mi vida?

1. De una fe de comportamiento a la fe del Hijo

Gálatas 2:20

La iglesia necesita salir de una fe reducida a principios y valores. En estas notas llamamos a esa manera de vivir «fe judeocristiana»: una religiosidad que mide todo por el comportamiento y descansa en el mérito propio.

Los principios y valores tienen su lugar, pero por sí solos no producen madurez espiritual. Podemos aprender a hacer cosas buenas y seguir siendo nosotros el centro de nuestra vida.

Fuimos llamados a vivir en la fe del Hijo de Dios. Pablo habla de una vida en la que ya no gobierna el yo, sino que Cristo vive en él. Desde ahí cambia nuestra perspectiva.

Mi perspectiva cambia según dónde está mi fe. La fe del Hijo de Dios me enseña a mirar todas las cosas desde Cristo.

La justicia propia me hace descansar en lo que hago. La fe del Hijo me lleva a una vida rendida por amor, para que Él se exprese en mí.

2. La fe no es un sistema de premios y castigos

Escuchamos decir: «No entiendo por qué, si ofrendo, diezmo y sirvo a Dios, me está yendo mal». Detrás de esa pregunta puede haber una idea: a los buenos les pasan cosas buenas y a los malos les pasan cosas malas.

Desde esa lógica, obedecer se convierte en una manera de asegurarnos resultados. Si hice todo bien, siento que Dios me debe algo. Pero nuestra relación con Él no puede quedar gobernada por esa cuenta.

Socialmente se valora una conducta correcta. Sin embargo, alguien que confía en su bondad puede resistirse a reconocer cuánto necesita a Cristo. El que admite su pecado ya dejó de esconderse detrás de sus méritos.

Romanos 8:18

Pablo mira las aflicciones presentes a la luz de la gloria que será manifestada en nosotros. La fe del Hijo cambia la forma de atravesar lo que nos sucede.

**No mido la fidelidad de Dios solamente por cómo me está yendo.
Necesito mirar qué está formando Cristo en mí.**

3. En la injusticia se revela lo que nos gobierna

1 Samuel 16:11-13 · Génesis 50:20

David estaba con las ovejas cuando Samuel llegó. Su lugar fuera de la reunión no impidió que Dios lo llamara. Lo que otros ven de nosotros no determina lo que Dios quiere hacer.

Los hermanos de José sí le hicieron mal. José pudo reconocer ese mal y, al mismo tiempo, ver que Dios lo encaminó para bien. La injusticia que sufrió no tuvo la última palabra sobre su vida.

La injusticia pone al descubierto lo que todavía nos gobierna. Allí también podemos permitir que Cristo trate con nosotros.

Cuando vivimos reclamando vindicación, podemos quedar atados a la ofensa. Rendir la autodefensa del orgullo es dejar que Cristo gobierne nuestra respuesta, aun cuando debamos señalar lo que estuvo mal.

4. Obedecemos para el progreso del evangelio

Filipenses 1:12 · Hechos 16:9-10, 22-34

Pablo recibió la visión del varón macedonio y fue a anunciar el evangelio. La obediencia lo llevó también a enfrentar oposición y cárcel. Haber obedecido no significó quedar libre de dificultades.

En Filipenses pudo reconocer que lo sucedido había contribuido al progreso del evangelio. Su mirada estaba puesta en lo que Cristo estaba haciendo, aun en medio de sus limitaciones.

Nosotros obedecemos para el progreso del evangelio, no por una recompensa.

El que nos salvó también padeció injusticia. En la cruz vemos a Cristo entregándose por amor. Esa vida tiene que formar nuestra manera de responder.

Las enemistades que alimentamos nos confrontan con algo que necesita rendirse. Necesitamos preguntarnos si estamos defendiendo nuestro orgullo o permitiendo que el amor de Cristo se exprese.

5. Su poder nos sostiene para vivir Su vida

2 Pedro 1:3 · 2 Corintios 3:18

Todo lo necesario para la vida y la piedad nos ha sido dado por Su divino poder, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó. Lo que Dios pide de nosotros requiere la vida y el poder que Él mismo provee.

Conocer al Hijo va mucho más allá de acumular información. Implica volvernos a Él, contemplarlo y vivir en dependencia de Su Espíritu. Así somos transformados a Su imagen.

No busquemos poder separado de Cristo. Busquemos a Su Hijo. Lo que Dios quiere formar en mí vendrá por medio de conocerlo.

Cuanto más lo conocemos y nos rendimos a Él, más aprendemos a vivir desde Su poder. Esa transformación se reconoce en el carácter y en la vida de Cristo que empiezan a expresarse en nosotros.

El aumento de Cristo se ve cuando mi vida está de cara a Él: observándolo, conociéndolo y respondiendo a Su obra.

6. Dios mira la fe detrás de lo que hacemos

Génesis 4:3-7 · Hebreos 11:4

Caín y Abel nos hacen mirar más allá de la ofrenda visible. Hebreos destaca que Abel ofreció por fe. No alcanza con presentar algo bueno si el corazón sigue descansando en sus propios méritos.

En la ofrenda de Abel podemos ver una figura que apunta al sacrificio de Cristo. La aplicación es examinar desde dónde servimos: desde la fe o desde el deseo de mostrar lo buenos que somos.

Hacer más cosas no reemplaza una vida rendida. Dios quiere formar a Su Hijo en nosotros.

7. Las señales tienen que conducirnos al Hijo

1 Corintios 1:22-24 · Juan 3:2-3; 20:30-31

Unos demandan señales y otros buscan sabiduría; Pablo anuncia a Cristo crucificado. Nicodemo reconoció las señales de Jesús, pero necesitaba comprender lo que significaba nacer de nuevo.

Juan explica que las señales escritas tienen un propósito: llevarnos a creer en Jesús, el Hijo de Dios, y tener vida en Él. El centro de la señal es la Persona a la que señala.

A mí me gustaría que viniera un tiempo del conocimiento de Dios. Que las señales nos lleven a conocer más a Su Hijo.

Las señales manifiestan el poder de Dios; no son su fuente ni prueban por sí solas la madurez de una persona. Cuando se usan para atraer la atención hacia alguien, se pierde de vista su propósito.

Hechos 4:24-27

La iglesia pidió valentía para hablar y que Dios obrara sanidades y señales. Fueron llenos del Espíritu, anunciaron la Palabra con valor y dieron testimonio de Jesús. Ese poder también se expresó en unidad y generosidad.

Cierre: que Cristo sea formado en mí

¿Mi fe descansa en mis méritos? ¿Qué gobierna mi respuesta a la injusticia?
¿Busco conocer al Hijo? ¿Mi servicio dirige la atención hacia Él?

Señor, que mi vida sea rendida por amor. Que aumente Tu expresión en mí y que quienes me rodean puedan conocerte a través de lo que Vos estás formando.